

# Tierra y Libertad

Numero suelto: 6 centimos

Redacción y administración: Calle Cadena, 39. 2.º 1.º

Paquetes de 30 ejemplares 1'00 pes  
 Suscripción España un trimestre 1'00 . . .  
 Extranjero 1'50 . . .

## La obra de un Congreso

Parece haber interesado muy poco a los anarquistas españoles la obra realizada por nuestros compañeros franceses en el Congreso comunista que tuvo lugar en París, durante el pasado mes de agosto. Por lo menos, ese interés no ha trascendido a las columnas de nuestra prensa. Ignoro si se debe todo ello al propósito de quitar importancia a aquel acto, o a una omisión ciertamente lamentable. ¿Es que lo debatido en aquella Asamblea se haya desprovisto de valor y eficacia, para que no lleguemos a prestarle nuestra atención? Nada más extraño que los temas expuestos en dicho acto por los más preclaros defensores de nuestros ideales, y tan provechosa como efectiva labor merece un comentario.

No he querido ocuparme del citado Congreso hasta poseer los datos necesarios para no incurrir en equivocaciones o descuidos siempre perjudiciales. Los telegramas que a raíz del mismo publicó la prensa burguesa, dejaban entrever ciertos sectarismos e intransigencias que luego no he visto confirmados, y mixtificaban de la manera más hábil la genuina orientación de los anarquistas franceses. Esta circunstancia pudo mantener a la expectativa durante algunos días a nuestra prensa y hasta llegó a manifestarse, aunque muy veladamente, la mala impresión causada por el contenido de tales informaciones; pero es tiempo ya de que abandonemos semejante actitud y sepamos apreciar las cosas en su justo y verdadero sentido.

El carácter del Congreso fué totalmente distinto del que revisten actos parecidos. No se trataba de votar ninguna orden del día, ni de imponer un criterio determinado recurriendo al antiguo procedimiento, siempre discutible, del mayor número de votos. Un cambio de impresiones; manifestación de conceptos y tendencias acerca de las cuestiones fundamentales; exposición de los diversos puntos de vista sobre los problemas de palpitante actualidad: tal fué, en concreto, el trabajo realizado por los congresistas. Nada de coaccionar el criterio del individuo, dificultando su voluntaria emisión; nada de dogmatismos ni apasionamientos que engendran antagonismos bandos y hacen que prevalezca, indebidamente a veces, la opinión de la mayoría. Sólo espontaneidad consciente y acuerdo libre en su más amplia manifestación. Muy de veras celebramos esas actitudes, porque sienta mejor a nuestros ideales una táctica de ilimitada independencia en todos los actos, que no una especie de cuestionario a guisa de programa pomposo, al que debe sujetarse toda discusión, cual si se tratara de imitar los inadecuados métodos autoritarios. Sirva el hecho de valioso ejemplo para lo sucesivo.

Entre las muchas decisiones adoptadas por los delegados, descuella una interesantísima, que, aunque parece de escaso valor, reviste, a mi entender, trascendencia suma y constituye la nota más saliente del Congreso. Me refiero a la exclusión de los llamados individualistas. En verdad que el caso se presta a una interminable serie de discusiones y críticas, según sea su planteamiento; y aunque bastantes ha suscitado ya aquel acuerdo, tengo para mí que no se ha comprendido ni analizado debidamente el criterio de los congresistas. A tal objeto dedico, pues, con preferencia este artículo, a fin de evitar en lo posible toda polémica estéril por lo inmotivada.

En realidad, la exclusión fué para los falsos anarquistas que se adjudican el calificativo de individualistas como un recurso ocultador de sus particulares y disparatadas opiniones, cuando no para disimular sus ruines tramposidades. Los absurdos individualistas llegaban ya al colmo. La lectura de unos cuantos libros mal interpretados y otros tantos artículos de periódico o revista por escritos, bastaban para trastornar el cerebro del lector e imbuirle de una ridícula superhombria. So pretexto de no tolerar imposiciones de teorías determinadas, ni de verse "esclavizado moralmente" por deberes de solidaridad, se afirmaban los mayores contrasentidos, proclamando una falsa independencia absoluta que ni existe, ni puede demostrarse, ni, de ser practicada, lograría la felicidad del ser humano. No era una doctrina basada en la esencia de la naturaleza, de la vida, para transformar con arreglo a la misma nuestras formas de

convivencia social; aquello era un horrible lío de teorías incomprensibles, y muchas veces un complicado juego de palabras para demostrar, en apariencia, el predominio del individuo como valor positivo, sobre la colectividad, valor negativo, el yo interno y el yo externo, etc., etc.; todo ello muy filosófico y muy elevado, pero nada beneficioso para la colectividad ni para el individuo mismo.

La Anarquía es otra cosa. Los que a conciencia defienden y aman sus principios, comprenden que el día que puedan practicarse no se aislarán los millones de seres que pueblan el planeta tierra para vegetar pobremente en el laberinto de sus abstracciones. Saben que hay necesidades *ineludibles* que satisfacer, pese a toda la superhombria y pseudo-independencia de que quiera hacerse gala; saben que es preciso atender sin demora a la producción y a la distribución de lo indispensable a la vida del hombre, sin lo cual no existiríamos; que hay también necesidades de orden intelectual, científico y artístico que no pueden descuidarse; que es, en fin, el conjunto de la vida, en sus complicados aspectos, lo que exige el cuidado y el interés de todos. Y esto no se realiza aislandose cada cual en su vano orgullo, con un mal entendido individualismo, negando el apoyo a los demás y repudiandose al mismo tiempo, por reputario destructor de la propia libertad, del yo supremo, mofándose de las solidarias relaciones colectivas, por entender que hay en ellas un factor de importancia individual, a la par que una subordinación a deberes y obligaciones despreciables, acudiendo a la razón de los puños, si es preciso, porque esto denota fuerza, superioridad, libre albedrío...

No, aquella labor intensa y completa sólo pueden realizarla los hombres concertándose entre sí, mediante acuerdos mutuos, ya por agrupaciones, ya en conjunto, acuerdos amplios y libres cuanto se quiera, pero solidarizando la inteligencia y la voluntad con otros individuos para la práctica de múltiples obras que aisladamente no serían factibles. Anarquía es solidaridad, es libre acuerdo, es apoyo mutuo entre los seres, dentro de su entera existencia. Y cuando no se comprenden ni practican esos principios, se cae en el escepticismo, en el estéril aislamiento, o se sigue el camino, nunca recomendable, de los Bonnot y de los Garnier.

Lo expuesto late en la conciencia de muchos anarquistas, pero había cierto temor de manifestarlo por no sufrir el calificativo de sectario, hombre de capillita y demás etíquetos que se lanzan, a veces muy injustamente. Pues bien; en el Congreso de París, se ha expuesto todo ello con entera franqueza y con la claridad que las circunstancias exigen. No se escandalicen los que no pueden escuchar sin molestarse la palabra "comunismo." Si el Congreso parisiense se declaró comunista, no fué con el propósito de sujetarse a un programa determinado y presentarlo con todos sus detalles como la única norma de la sociedad futura, sino para mantener los principios de solidaridad humana, de libre apoyo y acuerdo, como base de la Anarquía y como necesario a nuestra existencia, frente a las afirmaciones de los falsos individualistas. El Anarquismo nada tiene que ver con ellos y de ahí la ruptura.

Evitemos toda confusión. El individuo que sabe analizar minuciosamente los problemas para formarse de los mismos un concepto propio y bien definido, rara vez se verá dominado por los prejuicios ajenos, ni le sugestionarán las impulsividades de la masa hasta anularle sus iniciativas. Por más arraigada que tenga una idea, aquel espíritu analítico le dará siempre fuerza para desechar lo que de sus creencias considere ineficaz o perturbador, por doloroso que ello sea, y para apropiarse los elementos renovadores que fortalecen las teorías sin destruir nunca sus raíces. Unido a sus compañeros para cualquier empresa, siempre conservará la libertad de pensamiento y acción para comunicarle sus puntos de vista y sus consejos, o para recibirlos también de aquellos sus colaboradores. Mezclado con la multitud jamás se verá anulado por ésta, pero tampoco dejará de aportar sus energías a la acción colectiva: es así como entendemos el individualismo. En otro artículo procuraré demos-

trar que las supuestas diferencias entre comunistas e individualistas, son tan absurdas como las de los trabajadores manuales y los intelectuales. Por lo que al Congreso respecta, basta decir que compañeros como Kropotkin, Grave, Faure y otros que, ya personalmente, ya por medio de la pluma, tomaron parte en el Congreso, y que siempre han demostrado una vigorosa independencia de criterio, no pueden ser tachados de sectarios; y al mismo tiempo que contribuyen como el que más a la obra común, dan prueba bien patente de su espíritu libre, y el sentido individual.

Finalmente, de los varios acuerdos adoptados por la Asamblea, y en la imposibilidad de examinarlos todos como sería preciso, citaremos uno, también de gran importancia, que evidencia las buenas disposiciones de los anarquistas franceses acerca del movimiento sindical.

Hace algunos años se hallaban en continua polémica los que integraban las agrupaciones obreras y los que formaban parte de los grupos anarquistas, en Francia; los antagonismos parecían irreductibles, por el hecho de considerar los anarquistas que dentro de los Sindicatos el individuo perdía su personalidad y se sumaba a un inmenso rebaño organizado, bajo la dirección de uno o varios jefes. Entendían las luchas proletarias como hechos separados de la gran contienda social, y esto debía originar un gran número de confusiones. Debido a unas polémicas que sobre dicha cuestión tuvieron lugar muchos años los redactores de *La Révolte*, de París, y los de *El Productor y Acracia*, de Barcelona, depusieron los franceses su actitud y modificaron sus orientaciones en el sentido de entrar a formar parte de los organismos obreros para difundir en ellos la semilla revolucionaria o de acción directa. No obstante, produciase a menudo algún que otro rozamiento, como resultado de pretéritas pendencias, entorpeciendo la necesaria cordialidad. En el Congreso que me ocupa, fueron desechadas totalmente las pocas dudas que acerca del particular existían, y se proclamó de la manera más resuelta que los anarquistas, en calidad de trabajadores o asalariados, deben ingresar en sus Sindicatos respectivos, evitando que éstos olviden su finalidad suprema: la emancipación del proletariado.

Digna de aplauso es la conducta de los libertarios franceses, y es muy de desear que encuentren imitadores, tanto por lo que se refiere a los acuerdos comentados, como por lo que afecta a la organización de Federaciones anarquistas en todos los países.

FEDERICO FRUCTIDOR

## El movimiento se demuestra andando

El jefe del partido socialista ha dado una conferencia en Sevilla, disertando sobre cuestiones obreras.

Nuestros compañeros que, como es natural, opinan de manera contraria en estas cuestiones, quisieron aprovechar la estancia del jefe socialista en la capital sevillana, para discutir acerca de los medios de lucha más convenientes para el mejoramiento de la clase obrera.

De *El Liberal*, de Sevilla, tomamos la siguiente nota:

"Una Comisión de obreros, cuyos nombres ignoramos, nos entregó una carta, copia de la que entregaron al *leader* socialista, invitándole a una controversia pública para discutir los puntos siguientes:

1.º Las Cajas de resistencia, ¿son un arma para la lucha entre el capital y el trabajo?

2.º La política, ¿es útil a los obreros como medio emancipador?

3.º La acción directa, tal como la propagan los sindicalistas revolucionarios, ¿puede darle resultado satisfactorio al proletariado?

Para discutir con el señor Iglesias añade la Comisión que cuenta con los compañeros Francisco G. Sola y Juan Gallego Crespo."

No creemos que la controversia se celebre, como no se celebró la de Coaña con Alvarez Angulo.

Que una cosa es exponer, y discutir es otra cosa.

La conducta de los compañeros de Sevilla saliendo al paso a las propagandas cuyo objeto es desviar la acción revolucionaria del proletariado, debe hallar imitadores por todas partes, pues ante la precocidad de las autoridades se precisa una orientación sana y enérgica.

## El Proletariado y la Paz

El Congreso obrero celebrado en Manchester ha tomado el siguiente acuerdo por unanimidad:

"El Congreso se compromete a hacer cuanto esté en su poder para que la guerra resulte imposible. Se darán instrucciones al comité parlamentario para entenderse con la confederación de los mineros británicos, con la Federación nacional de los trabajadores de los transportes y con la Unión general de los ferroviarios, para emprender negociaciones con los sindicatos extranjeros, a fin de adoptar una línea de conducta y de acción internacional para el caso en que nos amenazara un conflicto."

Hallábase presente el compañero Legien, quien declaró, en nombre de los sindicatos alemanes, que la clase obrera de Alemania quería la paz tanto como las de Inglaterra y Francia, y que por esta razón se imposibilitaba la guerra. Jouhaux, también presente, en nombre de la Confederación General del Trabajo, confirmó esas declaraciones, que fueron acogidas con una ovación entusiasta.

El tradeunionismo inglés ha hecho, pues, su entrada en el sindicalismo internacional.

Esperemos consecuencias de trascendencia revolucionaria.

## El Congreso anarquista francés

Circunstancias particulares me han impedido dedicar antes atención a este interesante asunto; hoy lo hago, sólo como primera indicación, con el propósito, no sé si podré realizarlo, de tratarle con alguna extensión cuando tenga a la vista las actas que promete la comisión organizadora.

Ante todo, la palabra Congreso, con su significación de parlamento autoritario que tiene para muchos, me parece algo inconveniente para su mejor efecto, e inferior a las palabras *entrevista, junta, conferencia* o cualquiera otra equivalente, que de seguro habrá en el idioma francés, para nombrar una asamblea de anarquistas que, sin delegación ni mandato, concurren desde diversos puntos a un punto dado para comunicarse sus pensamientos y concertarse para la propaganda de un pensamiento común.

Un incidente ocurrido en la primera sesión ha dado carácter y aun especial importancia al acto. Malato, en su reciente artículo *Los preciosos ridículos*, publicado en *La Bataille Syndicaliste*, lo expresa así:

"Los organizadores del reciente Congreso comunista anarquista se han decidido a barrer esas escorias (los individualistas) que, acumulándose hacia años, acababan por enmascarar la idea libertaria, haciéndole expresar absolutamente lo contrario de su significación: la elevación moral de los individuos."

"Mas vale tarde que nunca. Si las apreciaciones de la masa capitalista nos son indiferentes, conviene que la masa simplista no pueda confundir la idea de robo con la de filosofía de la libertad."

Felicitémonos por ello. Por eso sólo, aparte de otras importantísimas consideraciones, es digna de gran estima la obra del congreso parisiense.

La necesidad del acto realizado por aquel congreso la expresa Malato con estas palabras:

"Hay una intolerancia peor y una suficiencia más grotesca que la de ciertos sabios: la de ciertos ignorantes. No hay cosa más mala que un cuarterón de sabio. Durante algunos años han sufrido una plaga los grupos libertarios, gracias a una tolerancia injustificada. Se ha visto, al lado de militantes entusiastas y modestos, algunos infatuados que exponían absurdas teorías, ridiculizando todo un pasado de propaganda, de luchas y de sacrificios, todo un ideal generoso. Se veía con asombro a sabios imberbes que propagaban la circulación, por medio del robo, de "la substancia universal" hasta su bolsillo, y damiselas, destinadas luego a hacerse prudentes burguesas, declarar dogmáticamente: "en anarquía se hará tal o cual cosa".

Otro accesorio importante del congreso es una carta de Kropotkin excusando su asistencia. De ella son estos párrafos:

"En todas partes ha demostrado el socialismo parlamentario su incapacidad para ayudar a la emancipación de los trabajadores del doble yugo del capital y del Estado.  
 "Hasta como medidas paliativas

para mejorar algo las condiciones de los trabajadores, no ha hecho cosa que no hubiera podido hacer mejor la presión de las uniones de oficio sobre los legisladores burgueses.

"En cuanto a la misión educativa, no ha hecho más que desarrollar entre la masa obrera la preocupación estatista y la caza a las posiciones gubernamentales, que amenaza depravar hasta las mismas uniones obreras.

"Respecto de enseñanza, una ha dado: probar cuán nociva ha sido la vía parlamentaria seguida por el proletariado durante los últimos treinta o cuarenta años."

Desacreditado el socialismo y viéndose a los trabajadores recurrir a la anarquía, recomienda el estudio de las nuevas formas de agrupación en la sociedad futura.

Paul Reclus, en otra carta, expone ideas individualistas, que no juzgaré, pero que han suscitado el temor de que sean el germen o la reproducción, dentro de la corporación *ortodoxa*, de las herejías individualistas que acababan de ser anatematizadas, a la par que bosquejaba en hermosos rasgos una organización comunista.

Dispénsese me que hable de ortodoxia y herejía, por la misma razón que los anarquistas reunidos usan la palabra congreso, por culpa de la imprecisión de los idiomas modernos, sometidos a una vieja nomenclatura y a una necia fraseología, que nadie piensa en renovar, ni aun los fundadores de idiomas universales. Véase el esperanto, tan generalizado que casi puede decirse triunfante, utilizando las raíces de las lenguas modernas.

En efecto; véanse, del lado individualista, las declaraciones de Paul Reclus:

"Ninguna ley exterior puede obligar al individuo; las que él edifica en su conciencia son las únicas a las que pueda obedecer... Las leyes son más bien excitadoras que moderadoras de los actos antisociales. Sería exagerado pretender suprimirlas por completo y pronto por la constitución de un medio favorable; pero hacemos constar que toda limitación de la libertad individual tiene más graves consecuencias para la sociedad que el mal cometido ocasionalmente por un cerebro desequilibrado."

"El objetivo para cada uno de nosotros es la formación de una individualidad completa; física, moral e intelectualmente bella; con una comprensión clara de todas las cosas, y en posesión con toda la perfección posible, de una profesión que le permita desempeñar una función entre sus compañeros; es decir, cada uno tiende a formar una célula útil a la vida de todos, pero una célula independiente, uniéndose a la humanidad únicamente por voluntad propia."

Las tendencias comunistas de Paul Reclus se manifiestan de este modo:

"El medio de subsistencia de este individualismo, es el comunismo de todas las necesidades primordiales y vulgares; la lucha se transportará a las alturas artísticas e inventivas. Para bosquejar una organización de ese comunismo, concíbense los sindicatos de trabajadores agrupados según las principales actividades en seis categorías: alimentación, educación, fuerza motriz, habitación, vestido, relaciones; escogiendo por elección, por suerte o por turno los gerentes pasajeros, que repartirán las demandas y calcularán la producción. De la localidad a la región geográfica, del grupo de una misma lengua al conjunto mundial, sobre la base de la autonomía y la federación."

Sea cual fuere el alcance del pensamiento individualista expresado por Paul Reclus, éste, como Kropotkin y seguramente como la totalidad de los congresistas, fundan en el sindicalismo, es decir, en el proletariado consciente racionalmente determinado, las esperanzas para la realización de sus ideales. En ese gran pensador colectivo, que a la postre sabe más que todos los sabios, hemos de confiar todos, sin que nos alarmen ciertas frases de significación ultraindividualista, que yo atribuyo también a la imprecisión del lenguaje. Se habla, por ejemplo, de *unirse a la humanidad por voluntad propia*, dejando suponer el caso de vivir separado de la humanidad, sólo porque la idea *autonomía*, que debería expresar bien la libertad individual, no goza de crédito suficiente por culpa de los charlatanes políticos.

Dejo el asunto en este punto, esperando tratarle en números sucesivos, a fin de extraer de él cuanto halle beneficioso para la ilustración de mis compañeros y lectores y engrandecimiento del ideal.

ANSHELMO LORENZO